

EDUCACIÓN POPULAR. Teoría y Práctica

Los nuevos movimientos populares:
RESPUESTA A UNA SITUACIÓN ESTRUCTURAL

Los nuevos movimientos populares:
Respuesta a una situación estructural

Guillermo Gutiérrez

El contenido de esta publicación
ha sido cedido por ICEPH
(Instituto Cordillerano de Estudios y Promoción Humana)

Presentación 2012

“Los Nuevos Movimientos Populares” fue elaborado y publicado en la primera edición en 1986.

Desde entonces ha habido cambios profundos en la sociedad latinoamericana y, obviamente, en la de Argentina. Pero la variable que articula el material no sólo ha permanecido sino que se ha agudizado: se trata de la crisis estructural que debilita a la clase trabajadora. Esta crisis generó nuevos actores sociales en el campo popular: los excluidos.

En nuestro trabajo caracterizamos a este sector como una “sociedad alterna”: son las masas de trabajadores sin trabajo, los pobladores sin vivienda salvo las villas miserias, los miles de personas que han quedado fuera del sistema de derechos y obligaciones. La re-edición limitada de este cuaderno, planteada por un grupo de compañeros como insumo para la discusión, debe ser encuadrada expresamente en ese propósito: reflexionar sobre el estado de situación de este tema en la década del '80, y su evolución posterior.

Siempre hay un riesgo al reenviar a la superficie un texto elaborado tantos años atrás, sobre todo tratándose de que ese texto sea utilizado como aporte a la discusión y el análisis; es una decisión contradictoria con la sabia verdad de que el hombre es la clave de la anatomía del mono, y no al revés.

Por esa razón solicito, a quienes se embarquen en esa tarea, poner los conceptos expuestos en cotejo permanente con la realidad de los veintiséis años transcurridos desde su primera edición; sugiero tomar este texto tan sólo como un aporte al análisis de la “clave de la anatomía” de un cuarto de siglo.

Guillermo Gutiérrez

Agosto 2012

Primera edición: Cuadernos de Educación Popular. (Fundación Ecuménica de Cuyo-ICEPH/ Instituto Cordillerano de Estudios y Promoción Humana) Mendoza/ Bariloche 1986.

Segunda edición: Revista Alternativa Latinoamericana. Mendoza, 1987.

La actual etapa de integración imperialista determina una serie de redefiniciones en nuestra estructura dependiente. Como parte de este proceso, el sobrante de población que no puede ser incorporado por la economía formal pasa a ser una variable estructural del sistema.

La magnitud del fenómeno es tal que supera las viejas categorías de la 'marginalidad'. Ahora se trata de millones de personas que no tienen cabida en esta sociedad estatuída, ni lo tendrán. Dentro de los márgenes de los espacios nacionales y de los contornos de los estados latinoamericanos, está creciendo una **sociedad alterna** de incierto destino. La crisis de representatividad de los partidos políticos y la insuficiencia de los sindicatos están anunciando la necesidad de formas diferentes de contención de estos fenómenos.

Estas notas fijan algunas reflexiones sobre los nuevos movimientos populares como respuesta al fenómeno, y en torno a la inserción de la militancia en los mismos.

PRIMERA PARTE

DE LO MARGINAL A UNA NUEVA FORMA ESTRUCTURAL

1. La sociedad alterna es una consecuencia estructural de la nueva etapa dependiente

Los grandes 'temas' de la década de los ochenta han sido la deuda externa, la emergencia de la nueva derecha norteamericana, y la crisis económica que afecta al conjunto del sistema capitalista, muy especialmente a los países dependientes.

Una nueva serie de interrelaciones se ha establecido entre éstos y el centro imperialista, aparecen renovadas formas de dominio y también nuevos sectores sociales y políticos que se hacen cargo del control burocrático del estado y la economía, dispuestos a asumir el precio de la llamada "interdependencia" a cambio de un cierto diálogo con los grandes poderes. Todos estos hechos, que aisladamente podrían ser considerados coyunturales, como conjunto representan una nueva estructuración de la dependencia.

Para América Latina la crisis capitalista no es producto de la fatalidad. Es consecuencia de políticas deliberadas, cuyo fin es que nos hagamos cargo de una parte de esas crisis. En definitiva, los resultados sociales de la misma, son un gran ensanchamiento de la base de la pirámide social y un cierto crecimiento de su cúspide. La especulación financiera, el saqueo económico, la fuga de capitales, etc., han favorecido al sector dominante, mientras los pobres se fueron haciendo miserables y los de clase media, pobres.

Las políticas monetaristas y eficientistas nos llevaron a la quiebra masiva de las producciones nacionales, sobre todo en el sector industrial. Esto se ha estado traduciendo en el crecimiento de la franja de los sub-ocupados y los desocupados, los llamados cuentapropistas o sujetos de la 'economía informal'.

El cuadro se ha articulado de tal manera que ya podemos hablar de una situación nueva: estamos ante una **escisión social** de gran magnitud. Una de las partes de esa escisión está representada

por los sectores que en el pasado denominábamos “marginales” (y que impropriamente muchas veces se sigue llamando así); el concepto de marginalidad... “describe la situación de estancamiento dinámico y los impedimentos de incorporación de las masas sobrantes en el centro moderno de la sociedad subdesarrollada... (la explicación de esto)... “Es la transformación de la industria en enclave industrial la que da lugar a la existencia de este foco de modernidad cuya estructura de clase interna impide la incorporación de las masas sobrantes en el proceso de desarrollo”. Este concepto fue desarrollado por Hinkelammert hacia comienzos de la década del 70. Creemos que sigue siendo válido para describir el núcleo del asunto, pero agregando dos elementos: la crisis de los ochenta, que además sobreviene luego del comienzo de aplicación de las políticas eficientistas, implica no ya la imposibilidad de incorporar ‘sobrantes’ sino la expulsión de trabajadores asalariados por millones, y sin expectativa de reingreso a la economía formal; y en segundo lugar, los “centros modernos” sufren un salto cualitativo hacia la ‘modernización’ esto es, la aparición de industrias de punta como la tecnotrónica que **estructuralmente** implican una reducida aplicación de mano de obra. (1)

Pero ahora, al adquirir un carácter masivo, los ‘marginales’ han pasado a constituir un sector estructural de nuestros países. Dado que la quiebra de los aparatos productivos implica la incapacidad permanente del sistema para ofrecer puestos de trabajo en el sistema formal de la economía, hay que suponer que esta situación se profundizará y ampliará. Esto significa que millones de personas se encuentran sin posibilidades de insertarse en los mecanismos formales de la economía, lo cual lo sumerge en una situación de supervivencia y pobreza crítica. También quiere decir que seguirán así, en tanto se les sumarán muchos otros millones.

No se trata solamente del hambre: también están privados del acceso a la educación, los sistemas de salud, las coberturas previsionales, etc., y su imposibilidad de hacer frente a las obligaciones fiscales los desarraiga de los mecanismos civiles de obligaciones y derechos.

Los estados nacionales se están convirtiendo en aparatos de contención de **dos** sociedades diferenciadas y básicamente enfrentadas entre sí por la lógica de la mutua exclusión (*). Este enfrentamiento ya se está manifestando en muchos lugares en formas de violencia incontrolables. Esta violencia tiene su explicación en los disímiles mecanismos de contención para ambas sociedades. Una de ellas, la que podríamos denominar ‘formal’ o mejor ‘institucionalizada’, sigue

* De dos sociedades y no de una sociedad dual como afirmaban los desarrollistas en los 60.

los patrones históricos de organización (mercado, partidos políticos, sindicatos, integración a las pautas fiscales de obligaciones y beneficios, etc.); la otra sociedad, cuyos miembros no pagan impuestos, no se sienten representados por los partidos políticos ni están afiliados a ningún sindicato (no cotizan porque no son asalariados), que se vinculan con los gobiernos como 'clientes' políticos, y que económicamente son sobrevivientes, es una sociedad que podemos denominar **alterna**.

El estado las contiene a ambas; a la institucional, mediante el mencionado sistema de obligaciones y derechos. Y a la alterna, mediante la represión o la dádiva.

Este concepto de contención llega a su significado extremo en la gráfica expresión: "hay barrios en los que no entra ni la policía". Es decir, que hay zonas 'islas', dentro de las cuales hay una legalidad propia; territorios fragmentados del resto del conjunto urbano, donde no ingresan los extraños. Al estado no le preocupa lo que pasa ahí dentro y solo le interesa actuar como 'contenedor' o regulador de los 'comandos' que salen de esos lugares, desde vendedores ambulantes a asaltantes. La gráfica expresión muestra una verdad limitada pero que marca que la sociedad está señalando una situación límite. Es una realidad cuyos tentáculos se desparraman por toda la geografía América Latina.

El hecho cualitativamente diferente es que las "masas sobrantes" que indica Hinkenlammer han alcanzado tal magnitud, que son muestra de la incapacidad estructural del sistema: no puede integrar el conjunto de la población.

A comienzos de la década del 80, para toda América Latina, el sector 'informal' alcanzaba al 20,8% del empleo no agrícola de la población económicamente activa. La situación se ha agravado desde entonces y se agravará aún más porque la población crece a un ritmo superior 3% anual y la oferta de trabajo crece solo el 1,5% anual.

Este fenómeno se aplicará y profundizará, porque las políticas de los gobiernos parten de un punto de aceptación de esta realidad. La "modernización" que (tanto para la industria como para el campo) es la política que llevan a cabo la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos, implica una agudización de las desigualdades internas, tanto en el conjunto social como hacia el interior de las clases sociales.

La modernización es un conjunto de políticas cuya finalidad es consolidar el proceso de concentración económica, el papel de las transnacionales y las grandes empresas nativas asociadas, tanto en la industria como en el agro. El proceso de integración imperialista requiere una redefinición de la división internacional del trabajo, y a esto sirve la denominada 'modernización'. Hacia el interior de la clases trabajadora el proceso produce una fragmentación entre la mano de obra muy calificada, que se concentra en las actividades 'de punta' (automatización, tecnocrónica, comunicaciones, etc.) y la tradicional, que correrá la suerte de las industrias nacionales, este proceso no es lineal, sino contradictorio como las fluctuaciones de las multinacionales y sus intereses. Se abren y cierran zonas de producción autónoma, que cambian con los rumbos momentáneos del gobierno. Aunque en el largo plazo estas fluctuaciones no nos son significativas, en el corto producen un ir y venir que renueva la ilusión de los trabajadores y los pequeños y medianos empresarios; las fantasías encubren la totalidad del proceso, que es la quiebra de esas actividades en los plazos históricos, y la consecuente expulsión de trabajadores asalariados.

Este mecanismo agudiza las diferencias y la competencia hacia el interior mismo de los sectores sociales. Dentro de lo que globalmente consideramos clase trabajadora se enfrentan los empleados de industrias robotizadas y sectores de clase media vinculados a actividades terciarias dinámicas, todos ellos con niveles de consumo relativamente altos, con obreros sin calificación, empleados públicos, pequeños y medianos empresarios, cuyas industrias, talleres y comercios son diezmados en serie.

Conforme los procesos "modernizadores" se desarrollan, es posible observar la expansión de los patrones ideológicos, técnicos y de consumo propios de los países imperialistas hacia el conjunto social dependiente.

Es claro que este mecanismo es repetido en todo proceso dependiente solo que ahora adquiere un sesgo particular porque los sectores dominantes están comenzando a hacer renuncia expresa de su voluntad hegemónica, y aceptando la inevitabilidad del dominio imperialista.

La gran burguesía nacional, ha encontrado la forma de sobrevivir asociándose a la gran empresa transnacional: "el amplio predominio del capital monopólico transnacional establece una vinculación de dependencia de la burguesía nacional. Esta asume los patrones de los representantes de dicho capital en cuanto a la lógica productiva, y también en cuanto a valores y

consumos. No se han cumplido los pronósticos según los cuales la transnacionalización implicaría la virtual desaparición de la burguesía nacional... paralelamente, en los países en que el estado es regido por una burocracia "estamental" o "política", lo que lo transforma en un centro de poder propio, se desarrolla una burguesía que maneja las empresas públicas como si fueran privadas" dicen Rama y Faletto (2).

La alta burocracia (en general, no solamente la de la empresas públicas) está formada por tecnócratas educados en su casi totalidad en los Estados Unidos o Europa; está compenetrada con las ideologías eficientistas y modernizadoras y se encarga de proyectar hacia el resto de los grupos sociales un valor central: la superioridad de las normas de producción y las pautas de consumo emergente de los patronos trasnacionales.

La base de esta normatividad es una filosofía pragmática, individualista y competitiva. Las nuevas tecnocracias proclaman la inviabilidad de los planteos de liberación, justificando la necesidad 'táctica' de aceptar las nuevas formas de la dependencia, que vergonzantemente se denomina interdependencia.

Las consignas de 'liberación' son descalificadas en base a su supuesta obsolencia, ideologismo o folklorismo, según la acidez del crítico, aunque para hacerlo se utiliza a menudo un lenguaje moderno y hasta de izquierda. La nueva derecha tecnócrata tiene un roce de 'superación', adquirido en los ámbitos académicos internacionales, que no le permite caer en el torpe anticomunismo de las derechas tradicionales.

El postulado modernizante implica un proyecto en dos niveles: estructural, consistente en una nueva articulación de la dependencia, e ideológico, cristalizado en una serie de valores destinados a cambiar la conciencia y los comportamientos de la sociedad institucional. Esta serie de valores tienen mucho que ver el darwinismo social, porque los mismos son una justificación del triunfo de los más aptos.

Si en la base del dominio capitalista está la falsa conciencia de la burguesía, sustentando la universalidad de las relaciones capitalista, su condición 'natural' y el sucedáneo de la igualdad formal, en la nueva articulación de la sociedad dependiente y sus consecuencias más agudas (la formación de esa sociedad alterna) debe hallarse un renovado mecanismo justificatorio pero esta vez "a cara descubierta".

El fenómeno de la falsa conciencia es encubridor de la esencia de la explotación; por el contrario el darwinismo social retrotrae la lógica de la historia a la selectividad de la naturaleza. La sociedad alterna, sociedad extra-institución, donde se hacían los millones que viven en la pobreza crítica, aparece como el producto necesario de las relaciones entre los hombre, la inmutabilidad del destino donde unos llegan y otros quedan (3), o sea que las cosas no son como son, y cada uno debe aprovechar lo que la suerte le ha deparado en este valle de lágrimas.

Esta ideología se proyecta hacia el conjunto social incluidos los mismos que padecen las peores condiciones de vida; se trata de que la idea del fracaso, individualmente vivido, induzca a comportamientos también individuales para revertirlo.

2. La nueva estructuración de la dependencia iguala a la sociedad argentina con otras de Latinoamérica

El caso argentino es particularmente grave porque se trata de una sociedad en retroceso, cruelmente golpeada por una dictadura sangrienta. Una de las consecuencias de la misma fue la profunda desmovilización popular, lograda mediante el terrorismo de estado. Este fue llevado a límites inconcebibles aunque no imprevisibles, porque ya el derrocamiento de Allende en Chile y las técnicas de genocidio indicaban cuáles iban a ser las tácticas represivas.

La transición a un gobierno constitucional se realizó enmarcada por esta debilidad popular, con el agravante de que el nuevo gobierno, cuyas expresiones verbales lo identifican como de centro o aún centro-izquierda, pone en ejecución una política económico social similar a la del gobierno militar: conducción tecnocrática, monetarismo y ajustes basados en la recesión, manejo del crédito en beneficio de la gran empresa, continuidad de la especulación financiera, baja de los salarios y aceptación de las pautas del F.M.I.

Esta política profundiza y amplía la quiebra de la pequeña y mediana empresa sostenedora de la tradicional clase media, obreros y técnicos de niveles de vida similares a aquella, y basamento de una capacidad nacional de tecnología y producción. Esto impacta como desarticulador sobre un mercado de trabajo ya deteriorado (entre 1974 y 1985 el sector PYM empresas disminuyó en un 14% -establecimientos que ocupaban entre 10 y 300 personas implicando una reducción del 12%

del personal). “El modelo de desarrollo que comienza a tener vigencia con el Plan Austral y con las políticas de acumulación esperadas en el largo plazo –dice Arnaldo Bocco– creará una instancia de redefinición del poder político (redefinición que será observada en tanto conforma un modelo apoyado en grupos tecnológicamente dinámicos, económicamente integrados con el resto del mundo, socialmente renovadores e internacionalmente reconocidos por su alineamiento a las tendencias modernas de relación entre centro y periferia). La modernización por su objetivo, profundizará la dependencia estructural de la economía, limitará la potencialidad de los grupos excluidos del bloque dominante y disciplinará a los agentes sociales que intenten alterar los senderos futuros del proceso de crecimiento” (4).

El salario sigue siendo una variable de ajuste, una “herramienta -al igual que la administración de precios” de la política económica para manejar la asignación de recursos en función de equilibrio de las fuerzas políticas y económicas en torno a la estrategia de largo plazo”, agrega Bocco en dicho artículo. El uso de esta ‘herramienta’ no beneficia a los trabajadores: según la Confederación General del Trabajo, desde mayo de 1985 a diciembre de 1986 el salario cayó un promedio del 40%, teniendo en cuenta que esta caída arranca desde una situación ya fuertemente deprimida.

Como primer resultado global nos encontramos con que 4.000.000 de personas son ‘cuentapropistas’ o ‘trabajadores independientes’, categorías muy amplia donde entran por supuesto profesionales con altos ingresos, pero donde la ‘tropa’ está constituida por una legión de vendedores ambulantes y ‘hábiles en la supervivencia’, en tanto los desocupados o sub-ocupados alcanzan a los 2.200.000 (datos diciembre 1986).

Estos datos revelan una realidad bien diferente al tradicional prejuicio de que la Argentina es un país privilegiado con respecto al resto de América Latina. El producto bruto apenas supera promedios para la década del 2%, en tanto México y Brasil crecen en forma permanente más del 5 o 7%. Esto es más grave si se separa el producto industrial, que decrece.

En términos sociales las consecuencias son múltiples. Siete millones de personas están en el límite de la pobreza crítica; esto quiere decir que la cuarta parte de la población pasa hambre. De ellas, tres millones son niños que no tienen cubiertas sus necesidades mínimas.

Pero las penurias no son para todos. También hay más personas que se agrupan en el sector privilegiado. A comienzos de la década del ochenta se registraba un crecimiento del número de

habitantes de la 'cúspide' ocupacional, que pasó del 12.2% al 15.6% de la PEA. En esta cúspide ocupacional están también los de la 'mini cúspide', los que ganan más de 2000 dólares mensuales.

Estos datos –el crecimiento de los sectores de altos ingresos– nos permiten concluir que, dado el retroceso del PIB, los integrantes del grupo se han beneficiado con actividades especulativas y con una mayor cuota de saqueo a los trabajadores. Un elemento adicional es que el sector de mayores ingresos de la Argentina es porcentualmente el mayor de América Latina. La polarización se agudiza y cae el mito de que la Argentina es un país de clase media. Si bien persiste una mentalidad de clase media, un arrastre en el que se conjugan bienes, hábitos de consumo, simbolismos propios de esos sectores (que tratan de realimentar su propio mito, como si de esa realidad fetiche fuera a depender su subsistencia social), en términos estructurales la verdad es otra. Es obvio que la brecha se va ensanchando; y dado que la política económica anunciada nos permite avisorar cambios significativos en el futuro, es factible prever la agudización de este cuadro de diferencias sustanciales entre una masa cuyos promedios de sueldo no superan los cien dólares (5) y los que sobrepasan los 2.000.

Esta situación produce efectos ideológicos, políticos y éticos de diferente signo en los distintos sectores sociales. En las clases dominantes así como en los sectores asociados (sus socios menores, que componen un amplia franja que va desde la clase media con acceso a la educación superior y técnica, hasta los cuentapropistas de éxito o los que esperan tenerlo) aparecen los patrones de la indiferencia, la falta de interés crítico hacia las perspectivas políticas, el posibilismo y el pragmatismo. El sentimiento global de quebrantamiento y frustración es disfrazado con ciertas ideas, entre las que sobresalen la inviabilidad del cambio social, la necesidad del dominio imperialista, el fatalismo de la injusticia. No es casual el auge de versiones adaptadas de filosofías orientalistas, la proliferación de rituales umbanda y sacerdotisas del tarot, el uso extendido de drogas y en general un tipo de pensamiento que se refugia en las conductas escapistas y que solo se reencuentra con las grandes reivindicaciones nacionales en los logros del deporte - espectáculo (asimilando de paso a los éxitos de los nuevos millonarios del deporte como legitimación de la filosofía individualista).

Los comportamientos sociales de este sector no se han esclarecido con el advenimiento del gobierno constitucional, sino todo lo contrario; esto es explicable por el hecho de que el alfonsinismo es una representación exacta de esta normatividad, inclusive en la perversidad de su

doble discurso: pseudoizquierda (encubridor de conciencias culposas) por un lado, y por el otro ejecutor de las políticas de la dependencia.

En los sectores populares la proyección de estas pautas de la cultura dominante se procesa en un espectro más complejo. Los sectores dominantes y sus socios menores admiten una interpretación más lineal y simplificada, porque están acompañando un proceso de homogeneización de la ideología dominante a escala de todo el sistema capitalista. Además, la batalla ideológico-cultural –sobre todo en el plano de la comunicación masiva– que ha pasado a ser un componente esencial de la lucha por el dominio imperialista integrado muestra las cosas como deben ser mostradas. Las mediaciones y los encubrimientos que antes disimulaban el dominio burgués e imperialista han dado lugar, como vimos, a la explicitación del darwinismo social. Todo es más fácil. Los 'yuppies' son la punta del témpano, una muestra de que ya no es necesario renegar de la inmoralidad social.

¿Qué pasa, al mismo tiempo, en el campo popular? Tomando la Argentina como caso particular, tenemos que actualmente la misma definición del campo popular es dificultosa, tanto en términos estructurales como políticos. Podemos determinar sus componentes estructurales en la medida en que nos basamos en ciertos datos objetivos: trabajadores asalariados, sectores marginados en el límite de pobreza crítica –que como vimos alcanzan a la cuarta parte de la población– cuentapropistas sin posibilidades de ascenso social. Sin embargo hay una franja social en la cual esta definición no es tan sencilla, en gran medida porque hereda la compleja trama de un país en el que la clase media jugó un papel muy importante. Este sector gris medido en términos objetivos (ingresos, posibilidades reales de movilidad social, etc.) está ligado a los grupos populares desposeídos, inclusive a los más rezagados (Caso evidente en los empleados de cuello balcón de la administración pública, los más rezagados en salarios, que en promedio apenas alcanzan lo que gana un obrero industrial). Pero en cuanto a sus expectativas sociales, su comportamiento ideológico y político, y al autodiagnóstico de su propio rol social, este grupo tiene un comportamiento errático. Cargado de frustraciones y fracasos, conjuga el individualismo despiadado de los sectores dominantes con actitudes de clientelismo político o tropa ideológica de las soluciones autoritarias.

Dadas las características de la sociedad argentina que es una sociedad abierta, nos encontramos con entrecruzamientos sociales complejos e insólitos (*). Así, en una misma familia podemos encontrar líneas que nos llevan tanto a la modesta administración como al comercio de barrio, la oficialidad de las fuerzas armadas o la tecnocracia gubernamental. No es de extrañar entonces que esta franja social penumbrosa sea una activa correa de transmisión ideológica, un atemperador de situaciones y un espacio de confusión en cuanto a los límites exteriores y las autodefiniciones del campo popular.

Un segundo elemento que está dispersando la autodefinición de la identidad popular (y que genera comportamientos contradictorios en el pueblo) es el alto grado de incertidumbre laboral y de ingresos. Esto determina una gran movilidad o al menos expectativa de que la misma se produzca. Quien tiene trabajo sabe que su estabilidad no está asegurada: el obrero especializado de hoy, mañana puede ser un desocupado que trata de instalar un pequeño comercio con los pesos recibido por indemnización.

Por otra parte, la escasa retribución (sobre todo de los jóvenes) hace que haya una acentuada caída en la propensión o deseo de trabajar (6), lo que engrosa el cuentapropismo y también oculta la magnitud y calidad del desempleo.

Estas dos situaciones resultan en mecanismos de auto-absorción de mano de obra, con todas las implicancias culturales en términos de acentuación de las búsquedas individualistas de salidas, expectativas de ascenso social por un golpe de fortuna, inducción a la criminalidad, desconfianza de las luchas colectivas y formas de organización, etc.

Un tercer elemento que dificulta hoy en día los procesos de identificación popular es la relevancia del sector de los trabajadores ocupados por las industrias con uso intensivo de tecnología. Si bien por esencia es minoritario, su presencia y su propia autoestima proyecta una fuerte valoración de las nuevas tecnologías y sus culturas de origen y la consecuente desvalorización de las culturas laborales de la clase trabajadora nacional en conjunto. Como parte de actividades que reciben los privilegios de la política oficial, pasan a ser un estrato diferente, el de una clase trabajadora

* A excepción de la oligarquía tradicional y habría que medir el grado de apertura o cierre social a luz de las nuevas circunstancias.

'moderna', distanciada en ideas, formas de organización y luchas históricas de sus compañeros de clase. (7)

Este elemento ideológico influye tanto en su comportamiento como la necesidad de conservar a toda costa lugares ganados en empleos de difícil reposición.

Aunque podríamos agregar muchos otros factores, los señalados son suficientes para describir las dificultades de definición y autodefinición del campo popular en esta etapa modernizante.

Las clases dominantes y sus asociados políticos tienen especial preocupación por agudizar la crisis de identidad popular, la fragmentación y desmovilización, que son condiciones básicas para garantizar el éxito del nuevo proyecto de dependencia y la recomposición del nuevo bloque dominante. (8).

3. Los cambios estructurales se reflejan en la crisis de identidad popular y en la pérdida de representatividad política y sindical

Cuando hablamos de problemas la identificación y la autodefinición del campo popular estamos planteado la existencia de una crisis totalizadora.

Es la cultura la que entra en crisis. Significa su incapacidad para verse a sí misma como conjunto, y también de generar un proyecto popular autónomo. El pueblo pierde la capacidad de elaborar estrategias de poder, y más aún, de imaginar la posibilidad de un poder propio. Es el proceso que estamos viviendo y al que hacen referencia los militantes cuando hablan de una 'desmovilización' o de la falta de interés en la organización política. Pero también comprobamos el fenómeno de irrepresentatividad de los partidos políticos institucionales en lo que hace al proyecto profundo, los problemas reales y sus soluciones. Es un distanciamiento que se multiplica a sí mismo.

La vinculación popular con los partidos que supuestamente con sus representantes se reduce a un hábito o al clientelismo político; pero la actividad política en sí pasa a ser un hecho **ajeno** ya que es inservible para atender los problemas esenciales.

Resquebrajada la confianza o la imaginación de un poder propio, y enajenada la actividad partidista, los sectores populares se desvinculan de cualquier estrategia de poder para refugiarse en estrategias de supervivencia.

En nuestra concepción, hay tres estrategias populares posibles: 1) de supervivencia, 2) de resistencia y 3) de poder. En la Argentina podemos encontrar ejemplos para todas ellas, según los momentos históricos, y también coexistencias temporales o regionales de algunas o de todas.

Hubo momentos en que sectores de la clase trabajadora urbana pusieron en marcha estrategias de poder coexistentes con estrategias de supervivencia de sectores marginales. En estos cinturones periféricos, como por ejemplo las villas miseria, ha sido permanente la coexistencia de formas de resistencia (organización para el logro de objetivos limitados) con otras de supervivencia.

La diferencia esencial entre ambas es que la supervivencia se resuelve en una serie de gestos aislados, en tanto que la resistencia involucra decisiones colectivas (9).

La supervivencia individual es el escalón inferior de la actividad humana, hasta de su condición; aún en medio de las multitudes el que sólo se maneja por el criterio de supervivencia apela a cualquier mecanismo para lograr sus objetivos. La supervivencia como táctica genera los episodios de violencia que aterran hoy, a los que la Argentina era ajena hasta hace poco. Hay una transformación hacia la infrahumanidad, un tránsito hacia un estadio de difícil retorno. La extensión relativa de crímenes variados es también aprovechada por los sectores dominantes y la sociedad establecida para imponer formas de violencia al conjunto de los sumergidos. Inclusive, gracias a ellos, se explica la existencia de la sociedad alterna como si esta fuera producto de la incapacidad de sus integrantes, no una consecuencia del proceso de la dependencia y la injusticia. Hay una suerte de argumento racistas fundado en lo social, que se potencia y magnifica de modo que sea en sí un justificador de los privilegios, una legitimación de la esencia de la explotación y la pobreza.

Los hechos repetidos de criminalidad permiten que los humildes y los explotados sean desvalorizados en conjunto; se hace una caracterización criminal y se introyecta en los mismos oprimidos, causando en ellos la actitud de permanente defensiva. En cada hecho de violencia ocurrido en un barrio humilde, de inmediato los pobladores se desviven repitiendo ante los

periodistas que “allí sólo vive gente de trabajo”, un argumento que por cierto no necesitan repetir los habitantes de barrios privilegiados cuando una patota de señoritos (muy habituales) golpea a alguien, roba o viola.

La extensión de este fenómeno de la violencia irracional da la pauta sobre la magnitud de las frustraciones y las desesperanzas. La falta de trabajo o bien los trabajos mediocres se suma a condiciones de vida misérrimas, represión policial permanente, etc. En las zonas rurales también se propaga este fenómeno de la violencia entre los integrantes de las capas populares. El hecho de que el escenario campesino sea menos sórdido que el de una villa miseria no implica que la muerte sea menos muerte.

El alcoholismo, las crisis familiares, etc. Están incrementando las agresiones mutuas aunque no haya o no se conozcan estadísticas al respecto.

Pero con ser graves estos hechos, mucho más alarmante es el contexto global en el que ocurren, que es el de un quebrantamiento popular en cuanto a su confianza protagónica.

La cada vez más acentuada limitación de las estrategias de resistencia y la falta de movilización por objetivos específicamente políticos están mostrando que no sólo estamos sufriendo las consecuencias de la represión militar. Es evidente que los resortes ocultos del sistema están funcionando para que esto ocurra.

En este contexto, los partidos políticos tienen cada vez menos eco salvo como clientelismo. Esto al parecer no despierta mayor preocupación en los dos partidos mayoritarios, lo que se demuestra en que en cuatro años de constitucionalidad han dedicado todas sus energías a ‘las internas’. Radicales y peronistas han elaborado un discurso organizativo que por sí mismo imposibilita la participación popular. Se da por descontado que la gente votará ‘democráticamente’ en las internas seleccionando dirigentes y candidatos que se les presenta como producto de la rosca.

Para los radicales esto no es ninguna novedad. Siempre manejaron “el aparato”: punteros, clientelismo, favores, etc. Pero esto es lo que tiene que ver con los viejos, los verdaderos radicales. Lo diferente es que el alfonsinismo llegó al gobierno proclamando las nuevas formas. Inclusive hay militantes radicales que creen que se hace trabajo de base. La perversión es que el mecanismo de los antiguos punteros no se ha alterado sino cambiado por formas nuevas. Se

presentan como trabajos de base y mecanismo participativos lo que básicamente son servicios públicos: alfabetizadores, educación de adultos, talleres culturales, atención de la salud en los barrios. El cierre lo constituyen los agentes de la caja PAN. Pero la reducción de la política a la rosca es grave, fundamentalmente, en el peronismo. Su historia, la de su fuerza popular, se basa en la organización de las bases. Ese fue siempre su potencial revolucionario, desde su mismo nombre, la unidad **básica** condensaba una metodología inseparable de poner el protagonismo popular y la finalidad revolucionaria en un mismo punto de acción.

Desde la década del 40 el peronismo fue articulador de los sectores populares. La determinación de sus dirigentes de convertirlo en un partido político integrado a la democracia burguesa ha desdibujado, creemos que definitivamente, su condición de **movimiento**.

No estamos diciendo que ha dejado el campo popular. Decimos que la fragmentación del espacio argentino en dos sociedades – una institucional y otra alterna – establece también una escisión en las representaciones políticas. Al dejar de ser un movimiento, el peronismo resigna su capacidad de conducir a las sociedades encontradas hacia un proceso de unidad, y resigna también el proyecto nacional. Sólo le queda, como partido burgués, jugar en el campo institucional, estatuído. A los sumo restan esperanzas tibias como las que resumen estas palabras: “Hoy las cosas parecen cambiar un poco. Hay figuras nuevas, hay un discurso y una práctica que van cambiando. Es decir, como todos sabemos, hay una renovación que no termina de consolidarse del todo, pero que alumbra muchas esperanzas.” (10).

Lo esencial de esta situación desmovilizadora es que hay una concordancia en lo que rimbombantemente se llama ‘clase política’; la estabilidad del sistema, para ellos, depende de que la política se reduzca claramente a un asunto de los profesionales de la política. Se está fijando con cierto rigor el límite de la carrera burocrática dentro del aparato. Esto excluye la participación de las masas, salvo para votar, y disipa las posibilidades de descontrol del sistema bipartidista que se quiere implantar (11).

La relación entre los mismos partidos se convierte en una negociación entre lobbies, como ocurrió claramente en los ajeteos de la ley de “obediencia debida”.

El solo hecho de que esta situación ocurra, muestra la profundidad de la crisis de la cultura popular; porque en un país en que hubo importantes protagonismos, de gran profundidad, solo es

posible quebrar la cultura política si a su vez se encuentra quebrada la trama cultural de la que ésta emerge. Dicho de una forma inversa, hay una configuración cultural resquebrajada, lo cual no posibilita la emergencia de una cultura política sustitutiva de la que fue arrasada por la dictadura militar.

El sindicalismo por su parte también retrocede posiciones. Se encuentra jaqueado a dos puntas.

Por un lado, la crisis y la nueva estructuración económica han producido una disminución del número de asalariados, lo cual debilita su base de sustentación. La condición de obrero sindicalizado está limitada por el mantenimiento de una inserción laboral formal; y el deterioro de esta condición se agudiza sobre todo en los grandes gremios industriales, los estratégicos.

Por otro lado, el sindicalismo sigue siendo jaqueado por los sectores dominantes, que siempre han considerado una valla para sus propósitos la unidad y la politización del sindicalismo argentino. Las armas utilizadas para romper esta característica han sido diversas: desde la represión y la desaparición de cuadros y dirigentes, hasta la corrupción. En el vuelo más alto de estas maniobras están sin duda las políticas de integración, que comenzaron con el vandonismo y se desarrollan en la actualidad con 'los 15'.

Las reacciones populares ante el sindicalismo y la valoración que hacen del mismo son una buena demostración de la crisis de cultura política en la Argentina, así como de los comportamientos esquizofrénicos que esa crisis genera: en tanto se registra un bajo consenso con respecto a los sindicalistas, hay una aceptación plena de las huelgas y medidas de fuerza que se proponen desde la CGT y los sindicatos.

Pero pese a la crisis y la corruptela, los sindicatos siguen siendo la estructura organizativa más consustanciada con los intereses populares. Su presencia garantiza un resguardo para los derechos de los trabajadores, tanto en los gremios como en el movimiento obrero en su conjunto. Siguen siendo también una garantía de ciertos avances en la calidad de vida: salud, recreación, derechos sociales. Los lugares del país donde el sindicalismo es débil o inexistente nos muestran, por oposición, el avance relativo que su existencia significa para los trabajadores.

Sin embargo, la relatividad de este avance, el hecho de que después de tantas décadas de CGT única haya regiones o gremios en el país donde no hay sindicalización, demuestran el techo mismo

de la estructura. ¿Dónde ha quedado el **promotor** organizador, propio de las viejas épocas románticas del anarquismo, y que aún es común en varios países de América Latina? Se ha resignado la actitud militante y el desempeño sindical se limita a un orden burocrático.

4. La recomposición del bloque dominante es un dato esencial

La caja PAN como sustituto de la justicia social puede ser un símbolo de los tiempos que corren, pero no sabemos si alcanzará ni siquiera para los que se avecinan. Sirve hoy para contener una situación social que conviene equilibrar para no agregar ingredientes a la fragilidad del sistema.

Pero las operaciones políticas para consolidarlo corren por otro lado. No son simples ni de lectura lineal; es la simplificación de esas operaciones las que lleva a algunos opositores a acusar al gobierno de 'maniobras electorales' cuando éste incorpora a un sindicalista de peso a su gabinete, o cuando hace acuerdos con los representantes de sindicatos estratégicos. Por el contrario, cuando el gobierno dice que está actuando sobre un nuevo proyecto de conformación social, está diciendo la verdad. El asunto no es discutir si es mentira o verdad, sino el contenido profundo de esa verdad. Ese contenido real es la reconstitución del bloque dominante en función de la nueva estructura dependiente, y de cómo ese bloque en el poder se insertará en la misma, y la proyectará hacia el futuro. El gobierno alfonsinista y Alfonsín mismo no son una coyuntura o una anécdota, sino un dato en la reconstitución de las clases dominantes argentinas y su vinculación con el sistema imperialista.

Los burócratas políticos, los capitanes de la industria o los burócratas sindicales que exteriorizan el nuevo bloque aún no expresan la condición de 'destino manifiesto' del mismo, como en su momento hizo 'el régimen', pero en los hecho profesan el fatalismo de este destino.

El campo popular está comparativamente en gran desventaja, no sólo por las consecuencias desmovilizadoras a las que ya nos referimos, sino también porque muchos de sus cuadros y militantes no comprenden la esencia de la nueva situación. Siguen arrastrados por viejos esquemas y consignas, tácticas y formas organizativas sin posibilidades de respuesta popular. La llamada 'crisis de la izquierda' llega hasta tal punto que es el gobierno y la derecha los que establecen las mismas diferenciaciones internas: quien es de centro izquierda, quien de 'izquierda legal' y quien de la ilegal.

Parecería que hay una determinada subjetividad en la izquierda que hace que sus cuadros se fijen a ciertos esquemas, y no puedan imaginar la multitud de alternativas que se abren ante la nueva realidad. Otro tanto ocurre en los sectores revolucionarios del peronismo, que no terminan de proclamar el antagonismo de su proyecto con respecto al que hoy expresa el partido Justicialista; de paso legitiman, ingenuamente, a burócratas y arribistas ante los ojos populares. La ficticia unidad peronista instaura un campo de significaciones que esquizofreniza la realidad, disolviendo los auténticos conflictos y tensiones del campo popular en aras de una imagen del pasado.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO RESPUESTA A LA SOCIEDAD ALTERNA

1. Similitudes y diferencias

La emergencia de estos nuevos movimientos sociales se está dando en medio de una gran confusión de ideas y expectativas. Es difícil desagregar la multiplicidad de elementos confluyentes; pero es importante tomar en cuenta que la confluencia en la búsqueda de una nueva sociedad es un desafío al orden capitalista tanto en los países periféricos como en el corazón del imperialismo. América Latina viene desangrada de la experiencia de la lucha armada de estas décadas. Estados Unidos y Europa, después del fracaso de la utopía del 68 y el movimiento hippie, son a su vez escenarios de nuevos procesos de esperanza. El crecimiento de la nueva derecha y sus resultados devastadores (aumento de la pobreza, crecimiento de la marginalidad, etc.) encienden nuevos procesos populares centrados en el rechazo de la guerra, el industrialismo y el consumismo (con sus secuelas de contaminación, etc.), y en el rescate de la calidad de vida, la revalorización de la persona, etc.

Es muy importante tener en cuenta la expansión del fenómeno 'alternativo', aún cuando una primera mirada superficial nos resalte las diferencias entre el norte opulento y el sur miserable. Pero el hecho es que esa expansión, en un mundo interconectado, es indicio de la universalización de ciertos pensamientos populares como réplica a la universalización imperialista de las multinaciones, el sistema satelital y el consumo a escala mundial, impuestos aquí y en Europa por las maquinarias burocráticas de los partidos políticos, los sindicatos, las empresas y los militares.

El carácter común de cierto tipo de respuestas, o al menos en las búsquedas de ciertas respuestas sociales, es perfectamente explicable por la expansión planetaria de las formas de opresión y represión. Reagan y la nueva derecha norteamericana, con su fascismo explícito y sus ideologismos irracionales, han contribuido en gran medida a clarificar la universalidad de la relación entre la opresión y los oprimidos. Demuestra también hasta qué punto, a escala mundial, se da un abroquelamiento de intereses difícilmente vulnerable por las perimidas verborragias de la izquierda, las acciones heroicas de pequeñas guerrillas o partidos que proclaman la revolución. Estos instrumentos, al menos en la etapa presente, han perdido el papel principal en las luchas populares, porque no han logrado insertarse ni en la inteligencia ni en el corazón de las masas. Y aún es discutible que inclusive desempeñen algún papel secundario, porque muchas veces su esquematismo les impide ver la riqueza de las nuevas formas sociales de organización. Más de una vez actúan como instrumentos inconcientes de ruptura del bloque de masas.

El proceso de lucha de un país dependiente es irreductible a procesos que se registran en los países centrales, aún cuando los mismos sean protagonizados por los pobres, los oprimidos o las juventudes contestatarias. Pero no por eso podemos dejar de estar alertas con respecto a ellos, en la medida en que tocan dos aspectos fundamentales: la revalorización de la persona (calidad de vida, autosuficiencia, valorización cultural de tradiciones populares) y el ataque directo al corazón del capitalismo, como es la lucha contra el consumo, la movilización contra el industrialismo salvaje y el complejo económico-militar.

En segundo lugar, es de allí de donde viene la expansión del concepto de **red**. Las redes en formación permiten a los movimientos sociales de nuestros países dependientes contar con solidaridad económica y flujo de información alternativa que nos ayudan a consolidar acciones.

En tercer lugar, en una etapa caracterizada por las violaciones salvajes de los derechos humanos, la existencia de redes articuladas entre los movimientos liberadores de los países industrializados y los dependientes operan como foro internacional y, en ocasiones, de resguardo.

Estas conveniencias mutuas no deben enmascarar, con todo, la esencial diferenciación de los movimientos sociales de nuevo tipo en los países industriales y en los dependientes. Esta diferenciación arranca del sujeto social de uno y otro fenómeno; en los países industrializados, las condiciones estructurales de la sociedad de consumo produce movimientos básicamente de

contracultura. Estos se articulan como sumatoria de una gran número de individualidades, provenientes en su mayor parte de la clase media y son 'alternos' pero dentro de la institucionalidad. En el mundo dependiente, las condiciones estructurales determinan que amplios sectores populares, provenientes de la clase trabajadora, de la baja clase media y de los campesinos desplazados, sean arrinconados en esa **otra** sociedad, expulsada del marco institucional, a la que nos hemos referido. Es a partir de esa realidad objetiva que emergen los nuevos movimientos sociales como estrategia de nuevo tipo, y es a esa emergencia objetivamente alternativa que se van plegando nuevas formas de militancia, decididas a comprometerse en este plano. La situación de compromiso hacia esta nueva forma de organizar la lucha contra el sistema, varía según los países de América Latina. Hay un desarrollo mayor en pueblos que tienen una experiencia, en el pasado, en las estrategias de supervivencia. Tal el caso de Perú, Chile o Brasil. La Argentina, con ese pasado inmediato teñido por la existencia de un movimiento de masas fuerte, decisorio y con un proyecto nacional y popular claramente expresado, tiene por el contrario una debilidad que costará mucho corregir. El peronismo como movimiento de masas se ha derrumbado, pero esto es tan cercano que los escombros cubren todavía el panorama. En muchos sectores populares sigue afianzada una cierta convicción de que con los escombros puede volver a levantarse la casa; es una actitud pasiva, confiada en los dirigentes de turno. En otros es aún más grave, porque la descomposición peronista ha dejado como único sedimento la impronta asistencialista como costado más íncuo de aquella experiencia. Son los grupos que cambian su clientelismo político por la caja PAN o el favoritismo de ciertos caudillos locales, los que en su memoria conservan a la sidra y el pan dulce y no a la Evita revolucionaria.

Pero la existencia de estas actitudes conformistas y negativas no enmascaran la **contundencia** del sujeto social que puede ser tanto la base de nuevas experiencias organizativas, como el detonante de formas violentas incontrolables y socialmente improductivas.

2. La revolución como presente

Cuando hablamos de encontrar en la Argentina un cauce para nuevos movimientos sociales nos estamos planteando la necesidad de que ese sujeto social, multitudinario, desprolijo y creciente que confirmar la sociedad alterna pueda ser contenido en un espacio revolucionario.

Porque, como decíamos en el punto anterior, la contundencia cualitativa y cuantitativa de este sujeto social puede llevarlo hacia dos destinos antagónicos: la violencia incontrolable (muchas veces interior a sí mismo) que termina vinculándolo a la sociedad institucionalizada a través de los aparatos que lo reprimen, o hacia una forma de movimiento revolucionario, un tipo de movimiento sustancialmente distintos a las formas clásicas de hacer política.

Hablamos de movimientos populares que vayan construyendo un presente revolucionario, una situación activa de nueva sociedad donde no sean aceptados los parámetros de vida, consumo y normatividad de la sociedad institucionalizada, en contraposición con el viejo esquema de que la revolución es un "día D", un "asalto al Kremlin".

Esto no surge como una propuesta ideológica: ocurre que las formas clásicas de la política revolucionaria han fracasado estrepitosamente, sea porque la militancia ha sido masacrada, sea porque los dirigentes, cansados, siguen trillando los mismos caminos también cansados.

También surge del análisis que hemos hecho en la primera parte sobre las condiciones reales de esta etapa: integración plena imperialista, control expreso por los Estados Unidos de los países latinoamericanos (democracias controladas, o dictadura militar), surgimiento de un bloque de poder plenamente consustanciado con esta realidad y dispuesto a aceptarla en forma acrítica. El discurso oficial no deja lugar a dudas: o se aceptan estos límites, o se es ilegal.

3. Cómo pervertir desde la burocracia

Concientes también las clases dominantes de la existencia de una amplia capa popular que no es contenida por los mecanismos institucionales y de la inevitabilidad de su crecimiento cuantitativo, han comenzado a buscar respuestas a su explosividad potencial. Para ello se ensayan políticas asistencialistas, que a la vez sean desmovilizadoras. Sus técnicos sociales conocen la profundidad del movimiento alternativo en gestación, o al menos intuyen su posibilidad; no es de extrañar entonces que esta política asistencialista y desmovilizadora sea recubierta con abstractos reclamos a 'la participación'.

En Argentina los años de gobierno constitucional han dejado un amplio anecdotario sobre este discurso 'participacionista' y a la vez desmovilizador por desgaste: profusión de "talleres barriales"

que convocan y desaparecen rápidamente, inclusión compulsiva de técnicas ajenas a la experiencia popular como la "sensibilización estética" mediante la educación por el arte, que intenta imponer criterios estéticos de la pequeña burguesía a los sectores populares; suplantación de las formas tradicionales de liderazgo por los exóticos "animadores culturales", campañas y acciones de diverso tipo (siempre 'comunitario') que fenecen por falta presupuestaria, después de haber invocado la participación como sustituto del 'paternalismo', etc. , son sólo algunos ejemplos de este trabajo sociocultural. La trampa es que introducen en los barrios y las comunidades a pequeños burócratas de extracción pequeño burguesa, que "tocan y se van". Convocan grandes expectativas y a los pocos meses los proyectos se disuelven, dejando tras de sí un reguero de gente descreída, desmovilizada, básicamente convencida de que toda experiencia social es un fracaso anticipado.

Este manejo burocrático y desmovilizador es especialmente peligroso porque, además, utiliza conceptos realmente valerosos que en otro contexto podrían fructificar en verdaderas formas alternativas de organización popular. La burocracia cultural de pequeños burgueses entusiastas desvirtúa todo: autogestión, cooperativismo, cultura popular, todo cae en el uso burocrático perverso, como una película vertiginosa, como la sucesión de spots publicitarios que se ven y a los pocos segundos son consumidos por otros. El discurso burocrático oficialista es una máquina de succionar ideas y consignas de moda, triturando en su cambalache los mecanismos de lucha social auténticos junto con las modas tecnocráticas pasajeras. Sabe de que al final de esta mezcla nefasta obtiene su principal objetivo: desmovilizar a los sectores populares e inhibir la convocatoria por desgaste de la gente y de los mecanismos convocantes.

Los nuevos movimientos sociales deben llegar a una cabal comprensión de esta acción. Muchas veces, en los militantes aparece una tendencia a 'servirse' de los mecanismos oficiales como de un instrumento aséptico mediante el cual pueden lograrse objetivos populares. Este intento de 'resemantizar' el discurso oficialista demuestra la inexistencia de un análisis de los contenidos de clase de ese discurso y sus acciones concomitantes; si bien es cierto que en el cortísimo plazo pueden obtenerse resultados aparentemente favorables a la causa popular, tarde o temprano las consecuencias serán negativas. Porque el discurso oficial y el accionar de los organismos del Estado tienen un carácter totalizador, en función de objetivos de amplio alcance que tienen que ver con el control global del poder, del aparato del estado y del conjunto social.

La ingenua suposición de que desde ámbitos compartimentados puede debilitarse ese poder, utilizando sus mismos mecanismos, se basa en un desconocimiento de esa capacidad totalizadora; y sobre todo, de un desconocimiento de la historicidad del dominio de clase, del proceso actual del imperialismo y de su capacidad integradora aún de las fracciones contestatarias que surgen en su seno.

Descubrir estas relaciones es uno de los roles fundamentales de la militancia decidida a recuperar el movimiento popular en esta etapa: es la histórica tarea de determinar por donde pasa el 'hilo rojo', en que punto la práctica militante orienta realmente al movimiento popular para la construcción de un poder alternativo, y no para quedar en meras expresiones reivindicativas o en el juego de clientelismo político que pretenden los burócratas oficiales.

4. La valorización de lo popular no implica su fetichización

En la etapa actual los nuevos movimientos sociales están apareciendo como una verdadera alternativa popular. Creemos que esta emergencia posibilita considerar tres niveles en cuanto a los mismos:

- los movimientos en sí, en una multiplicidad de situaciones sociales, propuestas, etc.;
- el surgimiento de una militancia específica, sea en el seno de los mismos o como acción voluntaria que acompaña esta experiencia popular;
- la necesidad de una nueva teorización, de una reflexión diferente y original sobre la cuestión de la organización popular y el poder, que básicamente intenta aportar a la creación de un nuevo tipo de conciencia crítica.

Los movimientos. Lo primero a señalar es que el concepto de 'nuevo' lo decimos por ésta determinada etapa histórica, la de la integración imperialista plena y el proceso concomitante, antes analizado, de emergencia de una sociedad escindida de la institucional. Pero, en realidad, en el pasado de los pueblos americanos hay un rico historial de movimientos populares de ruptura; abarca todo el proceso de expansión mercantil y la formación de los pueblos coloniales. Han sido llamados "espontáneos", "prepolíticos", "milenaristas". Son los 'rebeldes primitivo' de Habwsban, considerados por el pensamiento occidental como "primitivos" por su condición de ruptura total, no sólo con el orden establecido, sino también con las premisas del pensamiento racionalista europeo.

En América Latina muchos movimientos populares de hoy tienen un hilo directo que los remonta esas formas de recuperación de la conciencia y la cultural popular ocurridos en el pasado. Este hilo es muy visible en la región andina, donde pervive con fuerza una determinada concepción de la historia del poder, y en las culturas de origen afro, en sus expresiones milenaristas. En ambas experiencias, los sustratos culturales establecen distanciamientos profundos con las formas institucionalizadas. Estos distanciamientos no siempre son explícitos; más aún, los que pertenecen a los mismos deben manejarse en la vida cotidiana una serie de manifestaciones superficiales que les permiten alguna inserción en los mecanismos laborales y de mercado. Sin embargo, la fuerza real de su pertenencia a su sustrato cultural diferenciado, pero profundo, no permite que esta entrega superficial pase de un cierto gestualismo, de actitudes convencionales que no alteran la extrañeza básica con respecto a las instituciones formales.

Estas maneras populares afloran sobre todo en la religiosidad, que suele ser un buen indicador de la diferencia entre gestualismo ritual y creencias profundas. El llamado sincretismo religioso en general es demostrativo de un catolicismo gestual, exterior, y de una fe verdadera en otros valores religiosos, sea de origen pan-andino o afro.

Pero lo que en la religiosidad tiene cierta evidencia, aparece larvado u oculto en las expresiones culturales que tienen que ver con la organización o la lucha. Este ocultamiento ha sido caracterizado desde distintos ángulos como "debilidad de conciencia", cuando en realidad estamos en presencia de fenómenos de conciencia diferente (12).

En oposición a las posturas racionalista que desvalorizan estas formas de movimientos de la conciencia popular, están también los 'adoradores' de la misma. Son los constructores de un verdadero fetichismo de lo popular, incapaces de diferenciar entre los procesos de sometimiento, incapacidad crítica, individualismo, conciencia manipulada, y otros males con que los pueblos muchas veces aceptan un destino impiadoso. Desde el folklorismo de la cultura dominante, pasando por una versión americano/hegeliana traducida al fatalismo, y llegando a las novísimas versiones orientalistas con que se quiere interpretar a nuestros pueblos, estos fetichistas de lo popular han contribuido en mucho a confundir la mugre, la miseria y la enfermedad con ignotas manifestaciones de la sabiduría ancestral y el soplo divino.

5. Es difícil plantear una nueva forma de militancia

Las luchas populares deben superar la devalorización sin caer en el fetichismo. Se trata, ahora, de establecer un "hilo rojo" de nuevo tipo. Un hilo rojo que pasa por construir los nuevos movimientos populares desde un reconocimiento claro de esas raigambres y valores profundos de la conciencia popular, pero que también comience reconociendo la historicidad de los procesos.

Es decir, reconocer esas raigambres profundas de la conciencia popular y sus valores autónomos, pero también la misma que está fuertemente condicionada, limitada en sus expresiones, por un aparato de manipulación que se perfecciona cada día. En su pasado, tanto inmediato como lejano, las formas de represión violenta han dejado huellas profundas, que se manifiestan en el inmovilismo, en la incapacidad del accionar solidario y en la búsqueda individual de la seguridad.

Responder a las necesidades de la sociedad alterna con nuevos planteos es un camino mucho más difícil que el propuesto tradicionalmente por los partidos políticos. Esto obliga a replantear muchas cosas simultáneamente: el concepto de clase trabajadora, las estrategias de poder y el planteo de la revolución.

Y es aún más difícil en el plano de la práctica. Hoy en día encontramos una situación en la que muchas personas comprometidas con las luchas por la liberación no encuentran ámbitos e convocatoria. Estas personas que integran lo que tradicionalmente se llama 'la militancia' y están por un lado con sus hábitos y sus claves, en tanto que por otro lado se registra ese amplio proceso de la sociedad alterna, escindida, con sus propios códigos y maneras. ¿Cómo conjugar ambas realidades, sobre todo si tenemos en cuenta esa distancia que establecen las claves distintas?

Una de las grandes diferencias que éstas generan es el hecho real de que 'la militancia' está formada en el código de **los resultados** (expectable a corto plazo, medible, palpables) en tanto que el movimiento popular se basa en valorizar **el proceso en sí**, (13), los acontecimientos cotidianos como batallas ganadas y sobre todo la experiencia vital. En este plano, la dimensión escatológica de 'la revolución' es una abstracción que compromete demasiados sacrificios inmediatos como para ser un objetivo respetable. Por extensión, 'la organización' –tema privilegiado en la militancia clásica– es también un abstracto que requiere entregas y devociones a cambio de un resultado lejano.

Por el contrario, en el seno del movimiento popular en sus expresiones actuales –los movimientos de pobladores, las comunidades de base, el movimiento de pueblos jóvenes, los campesinos invasores de tierras– ‘la organización’ no aparece como resultado de un trabajo político útil para obtener otro resultado lejano –la organización popular global– sino como un instrumento que se gesta según las necesidades inmediatas, que emergen de una constante: **el conflicto**.

Estamos ante una situación diferente a las formas organizativas que se vienen generando en un siglo y medio de militancia revolucionaria: la separación insalvable entre sociedad institucional y sociedad alterna limita las relaciones entre ambas a un único espacio en común, que es el conflicto. Los mecanismos institucionales libran una batalla por tapar, aplacar o reprimir ese conflicto, según se den las posibilidades. Porque el conflicto entre dos sociedades que están contenidas en un mismo Estado tarde o temprano ponen en crisis al mismo estado que las contiene.

El primer objetivo en esa batalla institucional contra el conflicto es romper la misma imagen de la escisión. El presupuesto ideológico del poder burgués, que es la universalidad del estado burgués y de sus valores, debe enfrentar ahora pruebas en dos escenarios diferentes: **hacia el interior de la lucha de clases, que por supuesto no ha sido eliminada, y hacia la sociedad alterna que crece en su periferia**.

Pero como contrapartida el movimiento popular también tiene que librar sus propias batallas. En primer lugar, la batalla por la identidad que es el pre-requisito para mantener vivo el conflicto. Luego, el mantenimiento del conflicto, renovado, impide la disolución de la lucha en una divergencia de prácticas individuales.

El hambre puede resolverse asaltando un supermercado u organizando formas elementales de autosuficiencia. En el primer caso un individuo o una pequeña banda disuelve el carácter social del conflicto, acepta acríticamente la oferta de la sociedad de consumo y la toma por mano propia, enfrentado a las instituciones en su campo predilecto, que es la represión. En el segundo caso habrá que recuperar las viejas culturas del consumo, formas colectivas de trabajo si se trata de caseríos rurales o modelos de solidaridad campo/ciudad si se trata de barrios urbanos.

6. Subdesarrollo en relación con el subdesarrollo

La internacionalización y homogeneidad cada vez mayores de los mecanismos de la dominación imperialista están igualando las situaciones sociales en América Latina. La profundidad y extensión de la crisis están borrando las diferencias entre unos y otros países. Es por eso que la Argentina se ha integrado a las realidades profundas de la América mestiza que durante tantos años rehuyó. Un barniz de clase media aún cubre, pudorosamente, estas similitudes; pero es cuestión de tiempo que termine de descascararse.

Sin embargo, el desarrollo de los nuevos movimientos populares en la Argentina tropieza con dificultades comparativas. Hay que considerar ante todo los factores históricos. La cultura dominante rioplatense, transplantada, y su consecuente expansión hacia el interior histórico de la Argentina –merced al aparato político-cultural del liberalismo– ha desdibujado o directamente desintegrado el sistema de identificaciones populares provenientes de la sociedad colonial. Por cierto que en todos los países de América Latina se registraron procesos similares, pero con la diferencia de que, en el resto del continente, la cuña cultural burguesa actuó sobre culturas de arraigo milenario, sistemas comunitarios muy fuertes e inclusive sobre lazos de integración generados a partir de los sistemas de colonato, que en la Argentina tuvieron una expresión restringida. Salvo en el extremo norte, donde hubo y hay una persistencia de las pautas culturales residuales de la expansión del Tahuantisuyo, sumada a una cosmovisión emergente de sistemas de producción comunitarios, en el resto del territorio nacional los sectores populares fueron introducidos rápidamente en el sistema político propuesto por la burguesía liberal, refrendado por el voto universal como núcleo de participación y el sistema representativo como contención de la convivencia democrática.

Hay una cultura política que arranca desde 1862 donde, con fraude o sin fraude, cada individuo entrega su decisión a un representante. Esta entrega de la propia participación es consecuencia de la desintegración de toda práctica comunitaria. Al contrario –por dar un solo ejemplo– de lo ocurrido con las comunidades bolivianas, que defendieron sus tierras colectivas gracias a formas de participación directa, enfrentadas a la cultura del liberalismo. No es casual que los bolivianos hayan enfrentado todas las formas de opresión y remontado las crisis populares manteniendo fuertes lazos de identidad. Su práctica comunitaria discurre paralela a la crisis del Estado burgués, con todo lo que eso significa en la autovaloración de las personas como dueñas de sus decisiones

políticas y sociales. En la Argentina, limitar la participación al acto de emisión del voto ha sido planteado como signo del progreso; de esta concepción han participado tanto los liberales como las izquierdas. Yrigoyen no pudo convencer a sus propios seguidores de los límites de la propuesta, y debió resignar su idea de la revolución aceptando una candidatura presidencial que él no quería. El peronismo, como máximo exponente del movimiento popular en la Argentina en este siglo, tampoco pudo definir su propia concepción sobre los procesos de participación. Una y otra vez se limitó al terreno del sistema representativo. Resignó sus propios contenidos revolucionarios y los mecanismos de participación que alentaban en el pueblo y los subsumió al juego de los partidos burgueses: ese es hoy el sello de su destino.

La disolución histórica de una cultura de comunidad en la que determina el relativo subdesarrollo de los movimientos populares de nuevo tipo en la Argentina. Mucho se ha insistido en el pasado sobre el mayor desarrollo político del pueblo argentino en comparación con otros de América Latina; pero hoy vemos como esta politicidad, ceñida, como decimos, a los marcos del voto y las formas representativas, opera en sentido contrario a las necesidades organizativas populares.

Ante una situación estructural nueva –la integración imperialista plena y la escisión social que señalamos al principio– los sectores sumergidos no tienen experiencia en el desarrollo de estrategias sociales de resistencia y, más aún, los cuadros militantes no atinan a salirse de los marcos de acción propuestos por el sistema institucional (14).

El subdesarrollo de los sectores populares argentinos en cuanto a la elaboración de estrategias de resistencia no quiere decir que no existan múltiples acciones en ese sentido. Se da una multiplicidad de luchas aisladas: desde invasiones de barrios, hechos con planes oficiales y adjudicados a otras personas, hasta formar cooperativas de diverso tipo y finalidad. La debilidad intrínseca de estas acciones está en que las mismas se orientan al uso de un instrumento colectivo (formas organizativas puntuales) para obtener fines individuales. Por ejemplo, los planes de vivienda de esfuerzo propio, muchas veces obtenidos gracias a la organización de todo un barrio, concluyen en la entrega de la casa individual; a lo sumo se da un paso con la constitución de alguna junta vecinal o sociedad de fomento para atender los problemas emergentes. Estamos por cierto muy lejos de las organizaciones autónomas de los pueblos jóvenes de Lima, y ni que decir del movimiento poblacional de Santiago, corazón del enfrentamiento contra la dictadura.

Podríamos buscar múltiples ejemplos de estas formas limitadas (entre los cuales comienzan a aflorar excepciones). Un problema adicional y muy serio es que, cuando en un barrio o zona aparece un núcleo combativo, que trasciende el puro vecinalismo, es frecuente que los partidos políticos hagan una rápida irrupción, no para contribuir a un salto hacia adelante de la experiencia sino para cooptarlo.

Estamos pues ante a un problema que reconoce tres niveles. Hemos analizado los dos primeros: una situación estructural que está reclamando, como forma de lucha el planteo de un movimiento popular alternativo a los mecanismos institucionales reconocidos; los primeros atisbos una cierta aproximación popular a estas formas alternativas, aún pero muy débil en su experiencia y de objetivos muy limitados. Estas limitaciones se deben, según vimos, a la falta de identidades profundas y por la poca elaboración de una conciencia crítica, vemos ahora el tercer nivel: el de la militancia, desorientada ante el empobrecido discurso de los partidos acuciada por sus deseos de acción, pero aún poco dispuesta a dar la espalda a las formas institucionales de la política.

7. El movimiento popular implica nuevas utopías

Nos encontramos entonces ante el desafío de definir una forma de militar con la gente, en función de una forma nueva y con códigos y métodos muy distintos a los tradicionales.

Se trata de aportar al movimiento popular como una instancia totalizadora, capaz de dar respuestas a las necesidades de la gente, autónomamente generadas, y a la vez sin quedarse en el inmediatismo: insertando en el corazón de cada acción, por pequeña que sea, la idea de la liberación, de la sociedad socialista, en una palabra reivindicando la utopía.

Para descubrir esa forma de militar, es preciso definir con exactitud que el movimiento popular no parte de una mera declaración principista sino de ese **eje estructural**, que es la situación que ya analizamos. Por la misma el fenómeno de la marginalidad se convierte en una variable estructural del sistema dependiente, en una sociedad alterna que por lo tanto sólo encontrará un camino liberador en una propuesta alternativa.

Ahora bien: la sociedad alterna se genera en la expulsión masiva de sectores sociales y de individuos de la sociedad institucionalizada, básicamente a partir de la agudización de la crisis

económica del capitalismo, de las políticas eficientistas y de los mecanismos de producción nacionales. La única forma de articular desde la sociedad alterna respuestas que se estructuren como movimiento popular alternativo, es generando en su seno propuestas de producción autónoma, autogeneradas, y autogestionadas.

Esto presupone por lo menos **dos** utopías: la primera, sacar a millones de personas de la opresión del mercado y de la sociedad de consumo. Esto puede comenzar a hacerse **desde lo pequeño**, sea la comunidad que recupera la autosuficiencia, o parte de ella al menos, y recrea su propio mercado campesino interno, sea la microempresa comunitaria, o la industria autogestionada.

La segunda utopía es ulterioridad de la primera, porque en el planteo de producción alterna, autogestionada, está implícito la necesidad del socialismo libertario. Está implicado el proceso de una conciencia superior, libre y crítica. La característica de estas dos utopías es que no necesitan realizarse después del día 'D' de la revolución, sino que pueden avanzar desde lo pequeño hacia lo mayoritario. Además, se pueden comenzar a plantear desde un problema inmediato y acuciante que en esta etapa es el eje de las angustias populares: alimentarse, vestirse y obtener un techo.

Este tema no es coyuntural ni superficial: estamos hablando de un problema mayor. Cuando en un punto anterior decíamos que en la Argentina hay siete millones de personas en el límite de pobreza crítica, estamos diciendo que tienen hambre, que están malnutridas. No hay ningún indicio de que esto pueda solucionarse desde la sociedad institucional. La producción de alimentos en América Latina crece a un ritmo no mayor al 1.7 %, en tanto la población lo hace al 3.5% anual. Es cierto que la Argentina exporta cereales; pero la otra cara de ese dato económico es que el desarrollo del complejo agro-industrial está directamente atado a un concepto comercial exportador, no determinado por las necesidades populares sino por el gran negocio internacional. Esta verdad determina que, sea que se trate de Venezuela, que importa trigo o la Argentina, que lo exporta, lo que prima es un sistema agrario en el que los sectores populares y su alimentación no son prioridad.

Para las personas que se encuentran en ese estado de pobreza crítica, el tema de la alimentación es, pues, prioritario. Ellos son los integrantes por definición de la sociedad alterna. La sociedad institucionalizada les puede ofrecer, como única solución, la caja PAN.

La construcción del movimiento popular como instancia alternativa significa, por el contrario, estructurar la producción de alimentos y su distribución como una perspectiva revolucionaria. No se trata solamente de la producción material de los alimentos; hay que iniciar una vasta operación de rescate de las culturas populares del consumo, muchas de las cuales están en la memoria colectiva pero son tapadas por la manipulación publicitaria, por la oferta artificial. También deberían generarse mecanismos cooperativos para acabar con la intermediación, y un vasto sistema solidario entre el campo y la ciudad.

Hay países, como Ecuador, en los que la producción de alimentos está siendo determinada por la misma estructura capitalista a encontrar una vía popular de articulación. Los procesos de modernización agrícola, en ese país, han dividido claramente una producción destinada a la exportación –banano, café, té, aceite de palma, cacao. Esa gran producción está en manos de la agroindustria modernizada, en tanto los alimentos –básicamente el maíz– son producidos por los pequeños campesinos, muchas veces los estratos más humildes. De esta manera, los pobres del campo producen claramente para los pobres de la ciudad. Si esa forma de vinculación que hoy es determinada por la desigualdad capitalista, fuera resuelta por el mismo movimiento popular, eliminando las mediaciones comerciales, estaríamos ante un proceso verdaderamente revolucionario por el cual la sociedad alterna se daría sus propias formas productivas en paralelo con el gran negocio capitalista. ¿Cuanto tardarían pequeños productores y los consumidores pobres en dejar de depender del mercado?

En la Argentina, la estructura de producción y distribución es manifiestamente distinta, porque no podemos hablar de ese tipo de campesino. Aquí la producción de alimentos para el mercado interno está tanto en manos de las transnacionales como de los típicos ‘farmer’ que caracterizan al campo argentino. Hay campesinos que se corresponden el modelo global latinoamericano en las zonas de arrinconamiento, pero se vinculan sobre todo con su mercado inmediato (15). Su incidencia económica y social es muy baja. En todo caso, las mediaciones capitalistas en la Argentina son mucho más fuertes que en Ecuador, pero también es cierto que hay un fuerte y viejo movimiento cooperativo que podría ser redefinido en sus concepciones y objetivos, poniéndose al servicio de una estructura de producción alterna. Claro que eso requiere un gran trabajo político porque, paradójicamente, esa fuerza del cooperativismo argentino ha pasado a ser su debilidad, política e ideológica. Formado en las viejas ideas reformistas, el cooperativismo argentino no es otra cosa que un capitalismo de diferente especie. Esto se refleja en las mismas leyes que lo rigen, y en la ideología empresaria de los cooperativistas.

Estas limitaciones deber ser revertidas, hay una batalla ideológica por dar en función de los nuevos planteos del movimiento popular: es imperativo recuperar el cooperativismo para una concepción revolucionaria.

Dado que la Argentina es un país urbano, el tema de la producción autogestionada de alimentos puede ser inscripto en un sistema alterno mucho más amplio, en redes de distribución populares que permitan saltar los esquemas de comercialización capitalistas. Es también posible generar una industria autogestionada, que produzca como realimentación del sistema y a la vez coloque sus excedentes en el mercad global. El repetido ejemplo de Lozadur evidencia que es posible llevar adelante la empresa autogestionaria, aún cuando en este caso la misma juega puramente en el marco del mercado.

8. Como breve síntesis: algunas pistas concretas

La definición de la producción autónoma como eje del movimiento popular no es un planteo económico sino político e ideológico, y es una de la batallas más duras que se puedan dar porque ataca al corazón del sistema (sobre todo en una etapa en que el consumo es prioritario para el capitalismo). Es en esta batalla donde podemos rencontrarnos con el tercer nivel de la problemática –según decíamos antes– que es el de la **inserción militante**.

Movimiento popular y militancia pueden ser vinculados mediante ese término tan confuso (sobre todo porque está de moda) que es el de la **educación popular**.

Estamos planteando que ante la nueva situación estructural (la sociedad alterna); las tímidas e inconexas respuestas populares (respuestas individuales de supervivencia, vecinalismo reformista, etc.) y por otro lado un conjunto militante desestructurado (des-convocado, sujeto global del quebrantamiento actual) es posible encontrar un nivel de conjunción fundamentado en la necesidad de que la sociedad alterna se estructure en movimiento popular, capacitado a su vez para confluír con la clase trabajadora sindicalizada y con los partidos políticos institucionales.

Y que desde la perspectiva de la militancia, ese conjunción puede darse en la medida en que ésta de forma a un vasto movimiento de educación popular. Esto implica resignar las pretensiones de

vanguardismo y de ser “agentes organizativos” que han caracterizado a los militantes, para pasar a ser agentes de estructuración y transmisión del saber popular y sus vinculaciones con la práctica transformadora.

El paso concreto debería ser una indagación profunda sobre **el estado de la cultura y la conciencia popular en esta etapa**, hacer un verdadero catastro del estado de conocimientos y sentimientos de la gente que conforma esa sociedad alterna: este trabajo dejaría además un saldo sanitario, consistente en acabar con suposiciones y prejuicios. El segundo paso debería ser una intensa preparación, en base esos datos, para la **batalla de la comunicación** que caracterizará la próxima década. Porque ya no sólo el consumo, sino también la política inmediata, se deciden en los medios de comunicación masivos.

La constitución del movimiento popular necesita, pues, de un sistema de comunicación alternativa, de una articulación de redes propias que confronten a los medios institucionales.

Esto quiere decir que hay que capacitarse, y capacitar a los comunicadores populares, para establecer un tipo de mensaje eficaz, no declamatorio, que haga eje en respuestas necesarias y no verborrágicas.

La comunicación alternativa tiene también que ser una polea de transmisión de las experiencias del movimiento popular en toda América Latina. Mostrar al pueblo que en otros lugares, donde se enfrentan determinados y similares problemas se ha recurrido a ciertas soluciones y que estas son eficaces. Y a la vez, proyectar desde nuestro propio movimiento las soluciones y batallas ganadas por la gente, como una forma permanente de revalorización de nuestra propia cultura.

NOTAS

1. Franz Hinkelammert. *Dialéctica del Desarrollo Desigual*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile 1971.
2. Germán W. Rama, Enzo Faletto. *Sociedades dependientes y crisis en América Latina*. En *Revista de la CEPAL*, N°25, Chile 1985.
3. En sentido muy gráfico, se aplican a esta filosofía las palabras del diputado radical Vanossi para justificar la ley de 'obediencia debida' o amnistía a los mandos militares culpables de delitos atroces: "Las cosas fueron como fueron", dijo. (debate sobre la ley de 'obediencia debida', Cámara de Diputados, 15 de mayo de 1987).
4. Arnaldo Bocco. "Plan Austral, Economía y sociedad". En: *Justicia Social*". Revista editada por Centro de Estudios Laborales. N°2. 1986. Bs. Aires.
5. El promedio de ingresos de siete millones de asalariados era, en octubre de 1986, de 280 dólares. Pero este promedio, así dicho, encubre que el 40% de los trabajadores ganan entre 100 y 130 dólares.
6. Alvaro Orsatti. *La flexibilidad del mercado de trabajo y la precarización del empleo*. En *Justicia Social*, Revista del Centro de Estudios Laborales. Año 2. N°2. Bs. As. 1986.
7. La consecuencia "subjetiva" de esta diferenciación "objetiva" es cambio de mentalidad expresado por el dirigente telefónico Julio Guillán. Más allá de acusaciones de tipo coyuntural sobre sus comportamientos políticos supuestos o reales, lo que interesa es que Guillán asume la posibilidad de asociar a los trabajadores de su gremio a la nueva elite 'telemática'.
8. Nada de esto es nuevo, al menos en lo que hace a la 'nueva' etapa. La recomposición del bloque dominante se viene gestando desde mediados de la década del 60, con idas y vueltas internas e internacionales. En 1973, ante la euforia en ciernes, escribíamos algunas prevenciones basándonos en que dicha recomposición de las clases dominantes pasaba por la consolidación de una burguesía gerencial y un proceso de desarticulación cultural del pueblo: "En la sociedad neo-colonial, en la que el imperialismo no es ya un enclave sino el desarrollo interno de la sociedad, la conciencia desarticulada del pueblo sólo es posible si previamente esa conciencia se imagina participando de los valores del imperio, de sus objetivos y sus historias. No basta ya que una élite alienada y desarraigada trace una política de la cultura y ésta se imponga mediante los mecanismos del poder, hay que hacer que la cultura alienada aparezca surgida del pueblo mismo como

una superación de su propia dimensión y una internalización de la civilización metropolitana. (Guillermo Gutiérrez en Ciencia, Cultura y Dependencia. Ed. Guadalupe.1973).

9. Por eso es tan ambiguo el papel del bandolerismo social. Resume una identificación popular, colectiva, que delega en actos individuales la resistencia y sólo alcanza a recuperarlos socialmente en el manto de complicidad o silencio no activo con que se protege al héroe.
10. Rolando Concatti en "Documento para el encuentro de las revista "Unidos" en Mendoza, 1986.
11. El ministro del Interior Antonio Troccoli definía así el asunto: " Es la primera vez en la historia nacional que estamos perfilando un sistema pluralista con un régimen bipartidista...conformado por dos agrupaciones políticas que compiten entre sí y pueden llegar a ser una alternativa de la otra...se trata de dos partidos que tienen necesariamente que operar dentro del sistema democrático y consecuentemente tenemos -unos y otros- que cumplir con las reglas de juego propias de un régimen bipartidista...estas reglas exigen al partido que compite y que pretende ser la alternativa realizar una oposición leal, racional y congruente, para evitar en este período peligroso -donde la característica más importante es la fragilidad- que se quiebre el sistema" (Diario Clarín, 27 de marzo de 1987)
12. Los estudios realizados en Paucartambo -Perú-, que figuran entre los pocos sobre el tema, revelan hasta que punto en los pueblos andinos hay una clara conciencia del poder, su pérdida y su recuperación; la concepción cíclica del mismo, que se desarrolla como un hilo conductor desde tiempos pre-incaicos, tiene un valor filosófico y político tan válido, por lo menos, como el concepto progresivo del liberalismo o el marxismo.
13. Valorización indudablemente vinculada a las articulaciones de la conciencia tan claramente expresadas en los pueblos andinos: la preminencia del 'estar' y una concepción cíclica de la historia.
14. lo hacen en un verbalismo petardista, sin asidero real.
15. Está sin embargo el pequeño ganadero, sobre todo ovino o caprino, que tipológicamente concuerda con este modelo pero que produce para el gran mercado, y vende a los acopiadores.